

***MADRE TERESA DE CALCUTA Y JÜRGEN MOLTSMANN,
UNA EXPERIENCIA COMPARTIDA DE AMOR Y DOLOR***

***MOTHER TERESA OF CALCUTTA AND JÜRGEN MOLTSMANN,
A SHARED EXPERIENCE OF LOVE AND PAIN***

Miguel Ángel Alacid Espin

Resumen: Las experiencias de dolor y sufrimiento que vivieron Madre Teresa de Calcuta y Jürgen Moltmann, iluminadas desde sus respectivos encuentros personales con el crucificado sediento y abandonado en la cruz, han unido de manera admirable a estos dos personajes, aparentemente dispares. En medio del sufrimiento causado por el odio y la violencia de la guerra se produce el encuentro con el Dios crucificado, con el siervo sufriente que asume sobre sí todo dolor humano. De ese encuentro, nace una conversión que reconduce su vida y su espiritualidad en un compromiso radical con los marginados y abandonados, con los no amados de este mundo.

Abstract: The experiences of pain and suffering lived by Mother Teresa of Calcutta and Jürgen Moltmann, illuminated by their respective personal encounters with the thirsty and abandoned crucified on the cross, have admirably united these two apparently disparate characters. In the midst of the suffering caused by hatred and the violence of war, there is an encounter with the crucified God, with the suffering servant who takes upon himself all human pain. From that encounter, a conversion was born that redirected his life and his spirituality into a radical commitment to the marginalized and abandoned, to the unloved of this world.

Palabras clave: sufrimiento, sed, abandono, encuentro, esperanza

Key words: Suffering, thirst, abandonment, meeting, hope

Fecha de recepción: 06 de mayo de 2023

Fecha de aceptación y versión final: 30 junio de 2023

1. Introducción

El dolor forma parte de la vida del ser humano; la historia está trenzada por sufrimientos de todo tipo y todos hemos tenido alguna experiencia de ello, en mayor o menor medida. No obstante, existen momentos y lugares concretos de la historia en los que ese dolor se ha manifestado con una crudeza especialmente desgarradora.

Madre Teresa de Calcuta y Jürgen Moltmann fueron testigos de excepción de uno de esos terribles momentos de la historia: la II Guerra Mundial. Si bien, los escenarios que ambos contemplaron fueron distintos, ella en la India y él en Europa, el contenido de los acontecimientos tuvo un denominador común: el sufrimiento humano. Los

terribles hechos vividos por ambos propiciaron una experiencia de dolor y desasosiego interior que se convirtió en antesala de un encuentro excepcional que, como veremos, guarda muchas similitudes, tanto en el terreno espiritual, como en las resoluciones prácticas que marcarán su vida en adelante.

La vida, la obra y la espiritualidad de Madre Teresa de Calcuta, más allá de su impacto mediático, traslucen la pasión de un encuentro transformador con el resucitado que ha muerto en la más terrible de las agonías. La historia del crucificado-resucitado se une y se hace carne en la historia de la santa de los pobres y, al mismo tiempo, conforma y da expresión a una historia de amor y de dolor, a la que tenemos acceso cuando nos adentramos y vamos más allá de lo llamativo y de lo espectacular, buscando encontrar ese fuego secreto que arde en el interior de la vida de esta mujer.

Geográficamente lejana a Madre Teresa se desarrolla la labor académica de uno de los teólogos más importantes del siglo XX (y XXI), el alemán de confesión evangélica Jürgen Moltmann. Con su teología de la cruz y de la esperanza, Moltmann ha dibujado la belleza atrayente de un Dios muy cercano al hombre; desvelando así, una conexión muy concreta y particular con la espiritualidad de Madre Teresa. Una conexión que tiene su fundamento en la experiencia personal y en la Sagrada Escritura, de manera particular en el encuentro con el Cristo sediento y abandonado de todos, incluso del Padre, en la agonía de su pasión.

Profundizar en los respectivos encuentros de Madre Teresa y de J. Moltmann con el Cristo sediento y abandonado en la cruz, supone acercarnos a una experiencia personal marcada por el dolor y el sufrimiento humano.

2. En medio del sufrimiento

Madre Teresa nació en 1910 en Albania, dieciséis años antes que Jürgen Moltmann y, aunque sus trayectorias eran muy diferentes en lo referente a su educación religiosa, la II Guerra Mundial y sus consecuencias les unió, en cierta manera, al enfrentarlos a ambos con los más grandes terrores de aquel conflicto que golpeó con dureza en muchos lugares del mundo.

En 1929 Madre Teresa llegó a la India, ingresó en la orden de Loreto y Calcuta se convirtió en su ciudad. Años después, con la gran guerra el horror llegó a la India, no tanto por el rugido de las bombas y de los disparos, como por los desplazamientos masivos, el abandono de los cultivos y algunas decisiones políticas que contribuyeron para sembrar de miseria y de hambre muchas zonas de la India. La ciudad de Calcuta, capital de Bengala, vivió una avalancha migratoria de personas en busca de refugio y alimento que masificó las calles. Unas calles que, en 1943, se convirtieron en el lugar en el que miles, tal vez millones, de personas encontraron la muerte por inanición, malaria o desnutrición¹. La hermana Teresa, religiosa de Loreto, se convirtió en testigo de aquella tragedia desde el colegio St. Mary Entally, del cual fue directora.

¹ Cf. F. BACKHOUSE Y OTROS, "Hambruna de Bengala de 1943", en: *Enciclopedia Británica*, 25 de mayo de 2023. <https://www.britannica.com/topic/Bengal-famine-of-1943> (consulta: junio de 2023)

Jürgen Moltmann nació en Hamburgo en 1926, en un ambiente de tradición Reformada Evangélica, aunque al parecer, en una familia no demasiado practicante por lo que en su juventud no recibió formación cristiana. Siendo muy joven, cumpliendo con su deber de buen alemán y embebido por los sueños de grandeza y progreso que promulgó el nacional-socialismo, se alistó en el ejército para defender su ciudad de los bombardeos aliados.

Con tan solo diecisiete años, el joven soldado alemán trabajó en las defensas antiaéreas durante el bombardeo de Hamburgo en julio de 1943, uno de los bombardeos más mortíferos de la historia. Esta terrible experiencia marcó la existencia de Jürgen Moltmann y ha sido comentada en repetidas ocasiones por él mismo, tanto en entrevistas y conferencias, como en sus numerosas publicaciones:

Yo recuerdo cómo en julio de 1943 viví el bombardeo que cayó sobre mi ciudad natal de Hamburgo, causando la muerte a 80.000 personas en el incendio subsecuente. Yo seguí con vida como por milagro, y hasta la fecha no sé por qué no hallé la muerte como mis compañeros. Mi pregunta en aquel infierno no fue: ¿Por qué Dios permite esto?, sino: Dios mío, ¿dónde estás? ¿dónde está Dios? ¿está lejos de nosotros, distante en su cielo?².

La contemplación del sufrimiento y de la muerte durante aquellos días en Hamburgo supuso un gran impacto en su vida, pero el futuro cercano le tenía reservada una experiencia complementaria a esta que la tornaría más dura aún. Los horrores de la II Guerra Mundial todavía no habían terminado, cuando acabó la guerra; Moltmann fue hecho prisionero y trasladado a Bélgica en febrero de 1945. Cuando se encontraba allí, llegaron las terribles noticias de los campos de exterminio y del holocausto que, en nombre del progreso del Tercer Reich, los nazis habían llevado a cabo.

El horror del sufrimiento humano, que había vivido en la guerra, se extendía ahora a millones de seres humanos inocentes, que nada tenían que ver con el conflicto armado, y que habían sucumbido de la manera más terrible a manos de los ideales y las banderas de su propio país. Los sentimientos de patriotismo alemán del joven Jürgen se desmoronaron y se convirtieron en tormento y vergüenza por una culpa imposible de reparar. Tanto a él como a sus compañeros supervivientes de la guerra, prisioneros y pérdida toda esperanza, les resultaba imposible creer en el futuro. Él mismo nos cuenta muchos años después:

En aquel campo de concentración belga, muertos como estábamos de hambre, pude ver cómo otros se derrumbaban en su interior, como abandonaban toda esperanza, como muchos de ellos enfermaron de desesperación e incluso algunos se morían. Casi lo mismo me ocurría a mí³.

² J. MOLTSMANN, "La pasión de Cristo y el dolor de Dios": *Carthaginensia* 13-14 (1992) 641.

³ J. MOLTSMANN, *Experiencias de Dios*, Sígueme, Salamanca 1983, 19-20.

Mientras que Moltmann, prisionero en Bélgica, conocía los horrores del nazismo, la entonces hermana Teresa se enfrentaba con el hambre, la miseria y la muerte en las calles de Calcuta, un sufrimiento que se vería agravado por los conflictos internos. En agosto de 1946 se produjo un estallido de odio entre hindúes y musulmanes que desencadenó una violencia terrible y miles de muertos en las calles de la ciudad de Calcuta. La hermana Teresa fue testigo directo de este dolor y así lo cuenta en una de sus cartas:

Tenía trescientas niñas en el internado y no teníamos nada que comer. Se suponía que no podíamos salir a la calle, pero yo fui de todas maneras. Entonces vi los cuerpos en las calles, apuñalados, golpeados, yaciendo allí en posturas extrañas, con la sangre reseca⁴.

El año de 1946 fue muy difícil para Teresa; su responsabilidad como directora del colegio St. Mary Entally en Calcuta la obligó a no desmoronarse ante los terribles hechos que contempló. Pero al acabar el curso, a final del mes de agosto⁵, se encontraba agotada en extremo.

En estas circunstancias, y con una gran necesidad tanto de descanso físico como espiritual, la hermana Teresa fue enviada a su retiro anual en la casa que la congregación de Loreto tiene en Darjeeling, una ciudad situada al norte, en las laderas del Himalaya. El martes 10 de septiembre de 1946 se encontraba viajando en el trenecito de vía estrecha que subía a través de las montañas para llegar a Darjeeling. Era un paisaje muy distinto al de aquella Calcuta llena de horror, de abandono y de miseria, llena de violencia y de muerte. Podía parecer que después de tanto sufrimiento era posible encontrar algo de paz, pero el dolor ya se había instalado en el corazón de Teresa.

Al mismo tiempo, en el campo de prisioneros en Bélgica, Moltmann se encontraba inmerso en una experiencia de abandono y desolación. Y fue por entonces que un capellán del ejército estadounidense le regaló un ejemplar del Nuevo Testamento, que contenía también un apéndice con los salmos del Antiguo Testamento. Un regalo poco valorado, en un principio, por aquel joven alemán que tenía más hambre que ganas de leer la Biblia⁶.

3. Encuentro con el crucificado

Desde los comienzos del cristianismo, la santidad ha estado unida al encuentro personal e interior con la persona de Cristo, con un Cristo débil y perseguido, un Cristo rechazado y maltratado: el Cristo crucificado. Recordemos la predicación de Pablo, que nace de su encuentro con el crucificado despreciado e, incluso, perseguido por él

⁴ Carta de Madre Teresa a Jesús adjunta a su carta al padre Picachy de 1959, en: MADRE TERESA, *Ven, sé mi luz. Las cartas privadas de la santa de Calcuta*, B. KOLODIJCHUK (ed.), Planeta, Barcelona 2008, 58.

⁵ En Calcuta, las vacaciones escolares coinciden con la época de los monzones que comienzan a final de agosto o principios de septiembre.

⁶ Cf. J. MOLTSMANN, *Experiencias...*, 20.

mismo: “Nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necesidad para los gentiles; más para los llamados... un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (1Co 1, 22-24).

Resulta evidente que las experiencias de dolor y sufrimiento, de las que fueron testigos nuestros dos personajes, marcaron y determinaron su vida y su espiritualidad; no obstante, ambos tuvieron siempre claro que “lo importante no son las experiencias, sino aquel a quien en ellas se ha experimentado”⁷.

Durante aquel viaje en tren, subiendo las laderas del Himalaya hacia Darjeeling, el dolor que Teresa llevaba en su corazón conectó con otro dolor: con el dolor infinito de Dios que sufrió y sufre, tanto el horror, el abandono y la miseria, como la violencia y la muerte. El 10 de septiembre de 1946 Madre Teresa de Calcuta tuvo el encuentro que cambió su vida, el encuentro con Cristo en el Calvario que, exhausto hasta el extremo todavía tiene fuerzas para gritar: ¡Tengo Sed! (Jn 19, 28).

No conocemos la forma exacta en la que se produjo este encuentro íntimo que reveló a Madre Teresa la profundidad de un anhelo infinito de Dios de amar y de ser amado. No fue fácil para Madre Teresa explicar el significado de ese encuentro; y su comprensión de una sed que iba más allá de una necesidad física. Lo hizo en contadas ocasiones, sobre todo en la formación de sus hermanas y en la elaboración de las constituciones de la congregación:

Tengo sed, dijo Jesús en la Cruz cuando fue privado de todo consuelo, muriendo en la Pobreza absoluta, abandonado, despreciado y roto en cuerpo y alma. Él habló de su sed -no de agua- sino de amor⁸.

Mientras, Jürgen Moltmann vivía la desolación y la desesperanza en aquel campo de prisioneros. Aun en esta situación, y sin motivos para ello, un renacimiento interior lo mantuvo firme; era una esperanza imposible de explicar, como él mismo define. El cristianismo secularizado que había heredado de su familia no le servía para nada; y, sin embargo, una experiencia muy humana de Dios se abría paso en su interior, a través del contacto diario con la miseria, el abandono y la humillación; de alguna manera, esta experiencia de desesperanza cotidiana iba cristalizando en una experiencia de Dios⁹.

Moltmann encontró refugio en la lectura de aquellos evangelios, regalados por el capellán aliado, y muy pronto se sintió fascinado por el anexo de salmos que llevaba aquel librito. Allí descubrió el lenguaje que explicaba el dolor que sentía en su interior. Moltmann se reconoce a sí mismo en el grito de abandono que da comienzo al salmo 22: “¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?”, conectando así con el Cristo abandonado en la cruz que había hecho suyo todo el dolor y el sufrimiento que el joven alemán estaba viviendo:

⁷ J. MOLTSMANN, *El Dios crucificado. La cruz de Cristo como base y crítica de toda teología cristiana*, Sígueme, Salamanca 2010, 24.

⁸ MADRE TERESA, *Ven, sé mi luz...*, 62. (los guiones y mayúsculas dentro de las citas corresponden a la transcripción fidedigna de las cartas escritas a mano por Madre Teresa).

⁹ Cf. J. MOLTSMANN, *Experiencias...*, 20-23.

Cristo se ha convertido en el Dios humano que grita con nosotros y en nosotros y que aboga por nosotros cuando enmudecemos en nuestro suplicio. El Dios encarnado ha convertido nuestra vida en parte de su vida y nuestro sufrimiento en su sufrimiento. Por eso en nuestro dolor participamos de su dolor y en nuestra aflicción de su pena¹⁰.

El hecho de que Cristo sufra “con nosotros y en nosotros” supone una luz en la oscuridad, un bálsamo en la angustia que produce la culpa. Se trata del sufrimiento vicario de Cristo, que ocupa nuestro lugar para sufrir por nosotros la pena que nos produce la incapacidad de reparar el daño causado. En este sufrimiento Cristo nos libera de la angustia y del miedo para cargarlo sobre sí; y liberó a Moltmann de la culpa del terrible holocausto que él, en cierto sentido, hacía también suya.

Para Moltmann este Dios que sufre, y precisamente porque sufre, es el Dios capaz de amar y de revelar este amor a los hombres. Esta percepción no nace de la reflexión teológica sino de la experiencia personal de sufrimiento y abandono en la que vivía cuando se encontró con el grito del Hijo de Dios abandonado en la cruz. Esta experiencia le ha llevado, a mi entender, a una comprensión y cercanía con todos los hombres que sufren el desprecio y el abandono que él mismo sintió en aquel campo de prisioneros. En este sentido, Moltmann cita a menudo la frase que Dietrich Bonhoeffer, teólogo cristiano y mártir del horror nazi, escribió en prisión: “Solamente el Cristo que sufre puede ayudarnos”¹¹.

Fue precisamente en 1946 mientras que en Bélgica Moltmann, leyendo las Escrituras vivía su encuentro con el Cristo abandonado en la cruz, que grita: “¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?”, cuando Madre Teresa se encuentra con el mismo Cristo que desde la cruz grita, en este caso, “Tengo sed”. La misma experiencia de encuentro con el crucificado, con el Dios que sufre hasta el extremo en el abandono del Padre y “de los suyos”¹²; el Dios que tiene una sed infinita de amor y que se identifica con todos los abandonados, con todos los no queridos, con todos los sedientos y hambrientos de la humanidad.

El encuentro con el crucificado se convierte en la fuerza que alimenta el deseo de unión amorosa con Cristo, y en una empatía con los pobres y abandonados que les empuja a compartir su dolor. La vocación de Madre Teresa y de Jürgen Moltmann está en marcha, y sus vidas tomarán el camino, cada uno a su manera, de la entrega y el servicio a un mundo necesitado.

Moltmann decidirá hacerse pastor de la Iglesia evangélica cuando vuelva a Alemania para ayudar en la reconstrucción moral de sus compatriotas, desde su propia experiencia de encuentro con el Dios crucificado. Con este fin, comienza sus estudios teológicos siendo todavía prisionero en Escocia.

¹⁰ J. MOLTSMANN, “La pasión de Cristo...”, 652.

¹¹ Por ejemplo, esta frase está citada dos veces en J. MOLTSMANN, *Experiencias...*, 33 y 69; y en J. MOLTSMANN, *El Dios crucificado...*, 72.

¹² “Entonces los discípulos le abandonaron todos y huyeron” (Mt 26, 56) y “Y abandonándole huyeron todos” (Mc 14, 50).

Para Madre Teresa ha nacido lo que ella llamará “la inspiración” o “la llamada dentro de la llamada”. Madre Teresa experimenta cómo Jesús le pide que abandone su congregación para dedicarse a servir a los más pobres de entre los pobres. Así lo explica ella:

Desde septiembre de 1946, Dios Todopoderoso me llama para que me dedique totalmente a una pobreza completa, según el ejemplo del gran Santo de Asís y al servicio total de los Pobres en los barrios y callejuelas más miserables de la ciudad y en cualquier otro sitio, para cuidar a los enfermos y moribundos, para alejar del pecado y del mal a los niños pequeños de la calle, para ayudar a los mendigos y los hambrientos. Para poder realizar este tipo de trabajo, se necesita una vida de oración y abnegación: para acercarse a los más pobres entre los pobres uno debe convertirse en uno de ellos¹³.

La santa de Calcuta comprende que ser pobre entre los pobres es mucho más que un compromiso: es expresión de amor, de ese mismo amor con el que Dios la ha amado a ella. Este amor la empuja a salir en busca de su esposo, presente en la persona de los pobres. La sed de Cristo en la cruz es el motor de esta nueva inspiración que se concretiza en la fundación de una nueva congregación: las Misioneras de la Caridad.

4. Luz y Esperanza

En la cruz ha sido colgada y expuesta al mundo la misericordia de Dios. Todo el amor apasionado e infinito, con el que Padre e Hijo se aman en el Espíritu Santo, brilla como una luz en la oscuridad en los brazos abiertos de la cruz. El amor se revela como luz y esperanza desde la desolación más absoluta. “La cruz ni se ama ni se puede amar”¹⁴, es la frase con la que Moltmann comienza el prólogo de su libro *El Dios crucificado*. Y, sin embargo, de la cruz cuelga el futuro del hombre, en ella nace la esperanza, porque en ella el hombre puede tocar a Dios. En ella se muestra el amor incondicional e infinito de Dios que es dolor del Hijo en su muerte y es dolor del Padre por la muerte del Hijo.

La *kénosis* del Dios, que es amor y dolor, se convierte así en luz y esperanza que se derrama sobre los abandonados y necesitados para darles la posibilidad y la fuerza de una nueva vida. De manera muy sencilla lo cuenta el Evangelio de Mateo, que refleja ese compartir y tratar con los necesitados viendo cumplida así la profecía de Isaías: “Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades” (Mt 8,17).

En 1948, Jürgen Moltmann es liberado y vuelve a Alemania lleno de temores, aunque con la firme determinación de contribuir a la recons-

¹³ Carta al prefecto de la Sagrada Congregación de religiosos en Roma (7 de febrero de 1948), en MADRE TERESA, *Ven, sé mi luz...*, 148.

¹⁴ J. MOLTMANN, *El Dios crucificado...*, 23.

trucción espiritual de su maltrecho país, desde la nueva vocación a la que se siente llamado: continuar los estudios de teología, que ya había comenzado en Escocia siendo todavía prisionero de guerra, y convertirse en pastor.

También el temor atenazaba el corazón de Madre Teresa cuando, en ese mismo año de 1948 abandonaba la seguridad de los muros de aquel colegio de St. Mary Entally en Calcuta, para comenzar su vida entre los pobres más pobres de la ciudad, siguiendo la llamada de su amado Jesús. Cuando Madre sintió esta llamada de Jesús entendió con claridad una petición muy concreta: “Ven, ven, llévame a los agujeros de los pobres. Ven, sé Mi luz”¹⁵.

Tengo sed se convirtió para Madre Teresa en el fundamento de toda su misión. Una misión que se podría resumir en la firme convicción de que corresponder al amor apasionado de Dios por cada uno de nosotros implica saciar la sed de Jesús en la cruz, ofreciéndole lo que Madre Teresa llamaba *love y action*, a través de una oración de autoentrega y unión mística, junto al “servicio libre y de todo corazón a los más pobres de entre los pobres”¹⁶.

La santa de Calcuta comprende que la sed de Jesús es sed infinita de amor: “hoy y siempre él está sediento de mi amor, él me anhela en mi alma”¹⁷. Además, encuentra la manera de saciar esa sed: descubre que amar a Dios y amar al prójimo son un único y mismo amor; que Cristo sediento en la cruz, continúa sediento hoy en la eucaristía y en cada prójimo necesitado, especialmente en los más pobres de entre los pobres, en aquellos no amados, rechazados y excluidos por la sociedad. Ella “ansiaba encender la luz del amor de Cristo en el ‘agujero oscuro’ de cada corazón sepultado bajo la indigencia, la soledad o el rechazo”¹⁸.

Madre Teresa tomó muy en serio las palabras del juicio final que nos revela Mateo en el capítulo 25: “A mí me lo hicisteis”, palabras que ella enseñaba con los dedos de la mano para inculcar a todos la sensibilidad y la necesidad de descubrir en los pobres la presencia de Dios. Ella poseía la firme convicción de que cuidar a los más pobres es amar a Dios y que amar a Dios es saciar su sed. Su espiritualidad conecta con la teología del dolor de Dios; el dolor de aquel que comparte la suerte de los abandonados y que sufre con los que sufren. Sin embargo, no conecta con esta teología como una conclusión fruto de una reflexión intelectual, sino como una experiencia vivida en primera persona.

Ella, no solo se convirtió en portadora de la luz del amor de Dios (y por tanto, de esperanza para tantos pobres, marginados y abandonados), también consiguió iluminar al mundo. Sus trabajos en favor de los pobres, la manera de tratarlos, su sonrisa y su determinación llamaron la atención e hicieron de ella una luz para el mundo, una esperanza en el poder transformador y liberador de Dios, incluso en las

¹⁵ MADRE TERESA, *Ven, sé mi luz...*, 66.

¹⁶ Este es el cuarto voto que distingue la vocación singular de las Misioneras de la Caridad. Cf. *Constituciones de las Misioneras de la Caridad*, n. 36 y 69.

¹⁷ J. LANGFORD, *El fuego secreto de la Madre Teresa*, Planeta, Barcelona 2009, 91.

¹⁸ MADRE TERESA, *Ven, sé mi luz...*, 229.

situaciones más difíciles. Ella se convirtió en la imagen de Dios para un mundo que no le conocía, y fueron muchos los que descubrieron esa imagen en su mirada, en sus gestos de amor, a veces, incluso en el tono de su voz. Su amor en acción ha resultado verdaderamente revolucionario.

Si la gente se sentía tan atraída por Madre Teresa y movida a vivir existencias mejores y más generosas, era porque algo en lo más hondo de nuestro ser reconocía a nuestro creador en ella, alguna parte de nuestra alma intuía la presencia divina¹⁹.

Los testigos hablaban de esa presencia de Dios que percibían en ella. Su rostro, su sonrisa, su mirada y sus palabras eran testimonio directo de la presencia de Dios en ella, de una presencia que se irradiaba hacia los demás y que reconfortaba interiormente incluso a los más heridos, a los más pobres y despreciados.

Por otro lado, la experiencia personal de Jürgen Moltmann como prisionero de guerra, le puso en contacto con algo que él no sabía explicar en aquel momento. Años después contaba: “Solo algunos habíamos encontrado, detrás de las alambradas de espino, la fuerza de una esperanza, que desea algo nuevo en vez de tratar de volver al pasado”²⁰. En medio de la desesperación, una esperanza que no podía explicar asomaba en ocasiones en su corazón y le ayudó a mantenerse vivo.

No es de extrañar que durante sus estudios teológicos el tema de la esperanza se convirtiera en el contenido preferencial de sus reflexiones. De tal manera que, en 1964, publicaría su primer libro: *Teología de la esperanza*, la obra que más ha impactado en la reflexión actual sobre la escatología, como futuro para vivir el presente. Moltmann sitúa la esperanza en el centro de la fe cristiana:

En su integridad, y no solo en un apéndice, el cristianismo es escatología; es esperanza, mirada y orientación hacia adelante, y es también, por ello mismo, apertura y transformación del presente²¹.

De esta manera nos situamos ante el corazón de la teología de Moltmann: una dialéctica entre el sufrimiento (Cristo crucificado) y la esperanza (Cristo resucitado). Abandono y resurrección, muerte y vida, no son hechos pasados de la historia, sino una realidad del presente que implica futuro. Se trata de una tensión profundamente humana que sitúa la vida cristiana en una continuada experiencia de presencia y ausencia divina, en el famoso “ya, pero todavía no” con el que explicamos la visión escatológica del cristianismo.

La teología de la esperanza desarrollada por el teólogo alemán hunde sus raíces en la teología de la cruz (*El Dios crucificado*), la esperanza nace en medio del dolor y el

¹⁹ J. LANGFORD, *El fuego secreto...*, 188.

²⁰ J. MOLTSMANN, *Experiencias...*, 18.

²¹ J. MOLTSMANN, *Teología de la esperanza*, Sígueme, Salamanca 2006, 20.

abandono, como la resurrección triunfa sobre la muerte. Es desde el acontecimiento de la resurrección que apunta a la escatología, como se comprende la fuerza de la esperanza en medio de la desolación de la cruz, como la luz que brilla en la oscuridad. El Dios crucificado conecta con la realidad del presente y con la historia, para iluminarla y convertirse en escatología de salvación:

Solo la resurrección dice *quién* es el que padeció y murió[...] el crucificado no se ha cambiado en un resucitado o glorificado. Lo que su resurrección hace más bien es cualificar al crucificado como el Cristo y a su pasión y muerte como el acontecimiento Salvador por nosotros y por todos. La resurrección no *vacía la Cruz* (1Cor 1, 17), sino que la llena con escatología y significado salvador²².

La resurrección, como triunfo sobre la muerte, revela el amor apasionado con el que Dios nos ama en medio del dolor y el abandono, y vuelve razonable lo inexplicable, iluminando la oscuridad de aquella hora de la cruz en la que el Hijo grita su abandono. Así, podemos entender a Joseph Ratzinger cuando escribe: “El que cree comprenderá cada vez más lo razonable que es la profesión de fe en el amor que ha vencido a la muerte”²³.

Para Moltmann, la esperanza, lejos de asemejarse a una ilusión, es una auténtica conexión con la realidad, ya que solo la esperanza “toma en serio las posibilidades que atraviesan todo lo real[...] pues nada está ya al final, sino que todo se encuentra aún lleno de posibilidades”²⁴. De esta manera, la esperanza empuja al creyente a comprometerse con la realidad que le rodea, la esperanza marca la dirección de todo actuar en medio del mundo sin dar nada por perdido, pues todo es posible, todo pasa para bien. Incluso en medio de la desesperación más absoluta, los cristianos somos portadores de la alegría y la fuerza liberadora de la resurrección de Cristo. Una alegría y una fuerza que irrumpen en el hoy de la vida humana por medio de la esperanza.

¿Podemos esperar algo nuevo en medio de un mundo sumido en la confusión y el caos? Los esfuerzos teológicos de Jürgen Moltmann han pretendido ser una luz que ilumine a la teología moderna en su compromiso con la realidad de la humanidad en el presente. Un compromiso que implica la solidaridad libre y voluntaria con los que sufren, sobre todo con los abandonados y despreciados injustamente. La teología precisa trabajar para ayudar a todos los cristianos a manifestar al mundo la fuerza liberadora y transformadora del crucificado-resucitado, para renovar no solo a los hombres y mujeres de hoy, sino a toda la creación.

Hoy, setenta años después de que Madre Teresa y Jürgen Moltmann comenzaran su misión particular, podemos acercarnos a la vida, la obra y la espiritualidad de dos personas, en apariencia, muy diferentes; y, sin embargo, ya hemos podido descubrir bastantes y curiosas coincidencias. Es verdad que la vida abnegada de una monja católica,

²² J. MOLTSMANN, *El Dios crucificado...*, 211.

²³ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo, lecciones sobre el credo apostólico*, Sígueme, Salamanca 2005, 122.

²⁴ J. MOLTSMANN, *Teología de la esperanza...*, 9.

sujeta a sus votos de pobreza, castidad y obediencia, puede parecer muy diferente de la vida de un profesor de teología, protestante, casado y con hijos; pero las coincidencias no solo están en el origen de sus, aparentemente, distintas vocaciones.

Mientras Madre Teresa cumplía con su vocación de ser la luz de Cristo en los oscuros agujeros de los más pobres y despreciados de este mundo, Jürgen Moltmann iluminaba con sus reflexiones sobre la esperanza el pensar teológico cristiano. La misma luz que Madre llevaba entre los pobres, es la que Moltmann encendía en las mentes de los estudiantes, lo que Madre hacía en los suburbios, Moltmann lo hacía en las universidades. La santa de Calcuta no cesó en mostrar al mundo, con sus obras y con sus palabras, que la presencia de Cristo se esconde tras el desfigurado disfraz de los pobres y que en ellos Dios está sediento de nuestro amor; el teólogo alemán ha dedicado su vida a enseñar con sus clases, sus conferencias y sus publicaciones, que el Cristo abandonado de Dios se ha unido y está presente en todos los abandonados y despreciados de este mundo, que servirlos a ellos es servir a Dios, que el amor nos implica y busca expresarse como acción liberadora.

El cuarto voto de Madre Teresa de Calcuta es el servicio libre y de todo corazón a los más pobres de entre los pobres; y este voto marcó la dirección de todos sus esfuerzos; de igual manera, la labor teológica de Moltmann le impulsó hacia un fuerte compromiso social y hacia una lucha transformadora de la realidad tanto económica, como política, socio-cultural o ecológica.

A la vez, que Jürgen Moltmann era criticado en algunos sectores de distintas confesiones cristianas por su decidido ecumenismo y apertura a un diálogo con todos, algunos no miraban con buenos ojos que Teresa de Calcuta abriera casas en países musulmanes o en ciudades que podríamos calificar como ateas, o que recibiera y tratara con exquisito cariño a personas no “demasiado católicas”. Ella profundamente católica, no distinguía a las personas por su religión ni por su condición social, sino que miraba dentro de su corazón y descubría sus sufrimientos, estos eran los que marcaban el que su atención por ellos fuera más intensa.

5. Compartiendo el dolor

Al igual que ocurre con muchas de las extraordinarias novedades que la revelación en Jesucristo ha iluminado para la vida cristiana, también los consejos evangélicos se han visto reducidos, bien a la cotidianidad de la vida religiosa, bien al idealismo de un sentirse cristiano y solidario de una forma más metafórica que real. Así, la pobreza se puede comprender como una simple norma que cumplir (regla) en el ámbito de la vida religiosa o como una mirada de sensibilidad hacia los menos afortunados que nos invita a ser generosos y solidarios, en el ámbito seglar.

La realidad social impregna también la vida de los cristianos; y para la sociedad actual, al igual que pasaba en el Antiguo Testamento, la pobreza es un horror, un signo de abandono y de ausencia de bendición. Todos los cristianos repetimos, incluso con pasión, las palabras de Jesús: “Bienaventurados los pobres...” y nos consolamos del espanto que nos produce la pobreza, con la ilusa reflexión de que no solo se trata de pobreza material, pues la pobreza también se puede entender de manera

espiritual. Y, de esta absurda forma, no caemos en la cuenta de que la pobreza espiritual puede ser, en realidad, más abominable y dura que la pobreza material.

El voto de pobreza de Madre Teresa de Calcuta se convirtió en expresión de una manera de compartir el dolor de los pobres, y se hizo manifiesta para el mundo a través de su forma de vida y la de su congregación. Su hábito, su sencillez, la simplicidad de sus casas, la parquedad de su alimentación y muchísimos detalles más, manifestaron con claridad su compromiso y su cercanía con la pobreza. Y el mundo supo captar la belleza de la pobreza, entendió a Madre Teresa y se sintió atraído por una forma de vivir para la cual se creía incapaz.

Sin embargo, el mundo no conoció hasta después de su muerte, la profunda conexión entre amor y dolor que anidaba en el interior de Madre Teresa. Ella mantuvo oculta lo que llamaría una terrible oscuridad; en 1997, salieron a la luz sus cartas privadas que revelaron al mundo la terrible oscuridad interior en que vivió hasta su muerte²⁵. Una oscuridad que era el mismo dolor de abandono que Cristo vivió en su pasión, la ausencia de consuelo ante el dolor, que le llevó a gritar: “¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27, 46), o su paralelo en Juan: “Tengo sed”.

La relación íntima entre pobreza, dolor y amor que asumió como forma de vida la Madre Teresa de Calcuta, fue una respuesta al encuentro de amor con el Cristo abandonado por los hombres y abandonado del Padre en la cruz. De esta manera, la pobreza espiritual que vivió fue mucho más dura y terrible que la pobreza material que adoptó con gran determinación como uno de sus votos religiosos.

La terrible oscuridad del abandono de Dios que acompañó a Madre Teresa durante su vida como Misionera de la Caridad fue su pobreza espiritual; una pobreza mucho más difícil y dolorosa que todas las privaciones de comodidad, sueño, alimentación y otras. Su gran dolor fue vivir el abandono de Dios, el abandono de su gran y único amor, y así lo expresa Madre en una carta al arzobispo Périer, del 18 de marzo de 1953: “Hay una oscuridad tan terrible dentro de mí, como si todo estuviera muerto. Esto es así más o menos desde el tiempo en que comencé la obra”²⁶.

Este dolor fue creciendo con el tiempo, y seis años después escribía:

Señor, Dios mío, ¿quién soy yo para que Tú me abandones? La niña de Tu amor -y ahora convertida en la más odiada- la que Tú has desechado como despreciada- no amada. Llamo, me aferro, yo quiero -y no hay Nadie que conteste -no hay Nadie a Quien yo me pueda aferrar -no, Nadie. -Sola. La oscuridad es tan oscura- y yo estoy sola. -Despreciada, abandonada. -La soledad del corazón que quiere el amor es insoportable. - ¿Dónde está mi fe? -Incluso en lo más profundo, todo dentro, no hay nada sino vacío y oscuridad. -Dios mío- qué doloroso es este dolor desconocido²⁷.

²⁵ Estas cartas fueron agrupadas con motivo del proceso de beatificación que se inició después de su muerte y publicadas por el padre Brian Kolodiejchuk después de la beatificación, en el libro que citamos en este artículo: MADRE TERESA, *Ven, sé mi luz*.

²⁶ MADRE TERESA, *Ven, sé mi luz...*, 187.

²⁷ MADRE TERESA, *Ven, sé mi luz...*, 230.

Cuando salieron a la luz estas cartas en las que Teresa de Calcuta narra su terrible desesperanza interna, todos quedaron confundidos. Las personas cercanas, y sus propias hermanas no podían dar crédito. Fue una fuerte conmoción, pues todas esas personas habían sido testigos directos de la enorme luz que Madre Teresa irradiaba hacia todo aquel que se encontraba con ella y con su mirada.

¿Cómo era posible esto? La terrible contradicción interior en la que vivió la santa de Calcuta fue el fuego interior que la convirtió en portadora del amor de Dios para los demás. Su terrible oscuridad interior se convirtió en luz para los que la rodeaban; su desesperanza interior se transformó en esperanza para los que sufren; y la abandonada de Dios se hizo la compañera de los abandonados de los hombres.

Después de años viviendo en la terrible contradicción que suponía su oscuridad interior y el mandato de Jesús: “Ven sé mi luz”, por fin comprendió que la luz brilla en la oscuridad y que la esperanza nace en medio de la desesperación, de igual manera que el resucitado es el mismo que murió abandonado por todos, incluso abandonado del Padre, en la cruz. Y a partir de esta comprensión, y a pesar de que su dolor interior no disminuía, sí encontró un cambio de sentido que, de alguna manera, la llenaba de alegría más allá de sus sentimientos. Y desde esta nueva perspectiva escribió:

-Si mi dolor y mi sufrimiento -mi oscuridad y mi separación Te da una gota de consuelo -Jesús mío, haz conmigo lo que Tú desees -el tiempo que Tú desees, sin una sola mirada a mis sentimientos y dolor. Te pertenezco. -Imprime en mi alma y mi vida los sufrimientos de Tu Corazón. No Te preocupes por mis sentimientos. -No Te preocupes ni siquiera, por mi dolor. Si mi separación de Ti -lleva a otros a Ti y en su amor y su compañía encuentras alegría y placer -entonces Jesús, estoy dispuesta con todo mi corazón a sufrir lo que sufro -no sólo ahora- sino por toda la eternidad²⁸.

Cuando el papa Juan Pablo II visitó Calcuta en 1986, no dudó en hacer una excepción en el programa para visitar Nirmal Hriday, la primera casa de moribundos que fundó Madre Teresa en 1952. Conmoverlo por la experiencia, el Papa no dudó en calificar aquel lugar como “un lugar de sufrimiento, una casa familiarizada con la angustia y el dolor”, y al mismo tiempo, añadió con una profunda convicción que “Nirmal Hriday es un lugar de esperanza, una casa construida sobre el valor y la fe, un hogar donde reina el amor, un hogar lleno de amor[...] En Nirmal Hriday, el misterio del sufrimiento humano se encuentra con el misterio de la fe y el amor”²⁹.

La terrible oscuridad interior y la profunda soledad que anidaba en el corazón de Madre Teresa, la hizo especialmente sensible ante la pobreza espiritual de aquellos que se sienten despreciados y abandonados, de aquellos que se sienten no amados, no queridos, no deseados. Ella no tenía dudas en calificar esta pobreza como la más difícil:

²⁸ MADRE TERESA, *Ven, sé mi luz...*, 239.

²⁹ JUAN PABLO II, *Discurso del Santo Padre en su visita a Nirmal Hriday* (3 de febrero de 1986), en MADRE TERESA, *Ven, sé mi luz...*, 373-374.

Puesto que hoy, además de la pobreza -la pobreza material[...] que hace que la gente muera de hambre, de frío, en las calles- existe esa otra inmensa pobreza, la de no ser deseado, querido, cuidado, la de no tener a nadie que te considere de los suyos[...] una persona marginada, que se siente indeseada, no amada, aterrorizada, la persona que ha sido apartada de la sociedad[...] esa pobreza es tan dolorosa, tanto, que me resulta muy difícil³⁰.

Madre Teresa necesitó algunos años para comenzar a comprender el alcance y el sentido de ese silencio de Dios, que llenaba su alma de oscuridad y de abandono. Con el tiempo fue aceptando que no se trataba de esa noche oscura de purificación que tantos santos habían expresado y que ella misma ya conocía de su etapa anterior como religiosa en Loreto. Entendió que ella era la esposa de Jesús crucificado y que estaba compartiendo el mismo dolor de sed y abandono que Él sufrió en la cruz. Por eso, una de las oraciones compuesta con motivo de su beatificación explica: “(Madre Teresa) te uniste tan íntimamente a Jesús, tu Esposo crucificado, que él, suspendido en la cruz, se dignó compartir contigo la agonía de su Corazón”³¹.

Este compartir el dolor de Cristo se convirtió en un estigma interior que acompañó a Madre el resto de su vida. Un estigma que ella aceptó y asumió como acto de amor, en tanto que comprendió que era el modo de saciar la sed de Jesús, de aliviar la pobreza y la necesidad de ese Jesús que sufrió el abandono en la cruz y continúa sufriendo en los pobres; ese Jesús infinitamente sediento de amor. Y así, Madre, se convirtió en portadora de su luz en los oscuros agujeros de los pobres más pobres de este mundo.

Amor y dolor siempre van unidos y crean un vínculo que nunca desaparece, es más, se hace más profundo cuanto más amor se pone en acción. La unión mística de Madre Teresa con su amado Jesús se hacía más grande con la experiencia de ausencia. El anhelo profundo no dejaba de crecer en ella conduciéndola a una entrega total. A través de su experiencia podemos comprender esa relación entre dolor y amor, y por qué ella afirmaba, en tantas ocasiones, que “El amor para ser verdadero tiene que doler”³².

No conocemos de una manera tan explícita como con Madre Teresa, si Jürgen Moltmann ha vivido un sufrimiento interno parecido durante estos años de trabajo teológico; mas creo que en sus escritos se deja entrever de manera implícita este tipo de dolor: su decidida denuncia de la injusticia; su cercanía con el dolor del pueblo judío y con los pobres de toda condición; sus referencias nostálgicas hacia su admirado Dietrich Bonhoeffer y otros mártires del nazismo como el padre Maximilian Kolbe o Edith Stein, que nos hacen pensar si tal vez existe en el interior de Moltmann una añoranza de martirio, una cierta “envidia”; y también otros detalles como su mirada, su manera de hablar y recordar el pasado, así como esa sonrisa nostálgica, que nos sugiere a un hombre conocedor del sufrimiento y que, de alguna manera, parece compartir el dolor y el abandono del Dios crucificado.

³⁰ MADRE TERESA, *Donde hay amor, está Dios: el camino a una íntima unión con Dios y un mayor amor por los demás*, B. KOLODUEJCHUK (ed.), Planeta, Barcelona 2012, 184-185.

³¹ De una oración oficial a Madre Teresa, se puede leer en: www.aciprensa.com/recursos/oracion-a-santa-teresa-de-calcuta-3186 (consulta: junio de 2023)

³² Cf. MADRE TERESA, *Donde hay amor...*, 157; 205-207.

La experiencia de cercanía de Dios en el sufrimiento vivida en aquellos años como prisionero, despertó una conversión profunda en Moltmann que le acompañaría el resto de su vida y que impregnará su teología. Pero, el consuelo y la cercanía de Dios que recibió en medio del dolor se alternaría con la sensación de pérdida, rechazo y de nuevo abandono, como él mismo nos cuenta:

Siempre que pretendía yo permanecer aferrado en mi desesperación a esta venturosa experiencia, se esfumaba de mí y una vez más me encontraba con las manos vacías. Todo lo que quedaba era únicamente una tensión, una añoranza, un impulso a la esperanza³³.

De alguna manera, sin llegar a comprenderlo, Moltmann ya estaba compartiendo la misma contradicción y abandono que Cristo revela en su muerte de cruz. ¿Cómo hablar del sufrimiento de Dios con la convicción y fuerza con que lo ha hecho este gran teólogo sin que hubiera compartido, aun de manera secreta en su corazón, una parte de la pasión del crucificado?

La vida de estos dos admirables cristianos parece un testimonio muy evidente de lo que Von Balthasar escribió respecto al dolor de Dios:

La última palabra ya no es revelación o adoctrinamiento, sino participación, comunión. Y esto quiere decir, más allá de la palabra y de la acción, sufrimiento. Es un situarse en el lugar en que impera la cerrazón total, en el lugar en el que reina el abandono de Dios. En este abandono, la palabra de Dios en Jesucristo quiere morir con nosotros y experimentar hasta el fondo la lejanía de Dios³⁴.

6. Conclusión

No resulta fácil aceptar las radicales consecuencias de la encarnación del Hijo de Dios como una *kénosis* hasta el extremo. Los seres humanos somos capaces de soportar y comprender el dolor, de asumirlo e, incluso, de desearlo por un bien mayor o por una convicción de conciencia o de honor; pero el rechazo y el abandono son diferentes, pues suponen: bien el fracaso personal cuando es sufrido en primera persona, o bien una gran indignación cuando lo percibimos hacia otros, sobre todo cuando se trata de aquellos más débiles e inocentes.

Podemos comprender y nos solidarizamos con el gran sufrimiento que supuso el dolor físico de Jesús de Nazaret. En este sentido, hemos construido alrededor de este dolor toda una piedad de la contemplación y del acompañamiento a este Jesús dolorido y extenuado hasta la muerte. Este tipo de piedad corre el riesgo de propiciar una visión de Jesús como héroe, y con ello, se limita nuestra posibilidad de comprender hasta dónde ha llegado la entrega que el Padre ha hecho del Hijo. Comprender la *kénosis* de Cristo

³³ J. MOLTSMANN, *Experiencias...*, 21.

³⁴ H. U. VON BALTHASAR, *La verdad es sinfónica: aspectos del pluralismo cristiano*, Encuentro, Madrid 1979, 34.

supone reconocer que «Dios no se hizo hombre según la medida de nuestras ideas de la humanidad. Se hizo hombre como nosotros no queremos serlo: un rechazado, maldito, crucificado»³⁵. Pues el rechazo y el abandono le roban la dignidad al sufrimiento y lo convierten en algo despreciable; este es el sufrimiento de la cruz.

En la cruz, Dios participa de todo sufrimiento humano, especialmente del sufrimiento de no ser amado, de ser rechazado y abandonado. “El “Hijo del Hombre sufriente” se ha convertido de tal forma en uno de nosotros, que los innumerables y anónimos seres humanos que son torturados y abandonados son sus hermanos”³⁶. Él sufre con nosotros y, al mismo tiempo, sufre por nosotros.

Cristo es capaz de amar porque es capaz de sufrir, y esta capacidad de sufrir no va en detrimento del poder de su divinidad; al contrario, como explica Von Balthasar citando a San Gregorio de Nisa:

En el hecho de que la naturaleza todopoderosa fuera capaz de descender hasta la bajeza del hombre, se encuentra una prueba mucho más clara de su poder, que en la grandeza de sus milagros[...] El descenso de Dios es cierto exceso de poder, para el cual no representa obstáculo alguno ni siquiera lo que parece contrario a su naturaleza³⁷.

En esta experiencia, tanto Madre Teresa de Calcuta como Jürgen Moltmann, han descubierto el amor apasionado de un Dios todopoderoso que asume toda la fragilidad y finitud que le permiten sufrir y morir; y con ello, participar de todo dolor humano hasta el extremo, compartiendo así con los hombres su filiación y su amor infinito. Ellos han descubierto que solo aquél que es capaz de sufrir puede amar, y que solo en el dolor de la desesperación, nace la auténtica esperanza, como solo en la oscuridad brilla la luz con todo su poder.

La implicación de Dios en el sufrimiento y en el dolor de los hombres empuja al cristianismo a un compromiso radical con la realidad, con la historia. Este compromiso, que implica la esperanza, queda plasmado con nitidez en el proemio de la Constitución pastoral *Gaudium et spes*:

Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón.

Esta implicación compromete a nuestros personajes con una fuerza especial y misteriosa que les impulsa hacia una nueva forma de vivir en el amor y les capacita para ser luz y esperanza en medio de un mundo necesitado en una doble dimensión:

³⁵ J. MOLTSMANN, *El Dios crucificado...*, 234.

³⁶ J. MOLTSMANN, “La pasión de Cristo...”, 648.

³⁷ GREGORIO DE NISA, *Or. Cat.*, 24, citado por: H.U. VON BALTHASAR, *Teología de los tres días. El misterio pascual*, Encuentro, Madrid 2000, 31.

- La luz hace brillar lo concreto entre lo universal. Esta fue la especialidad de Madre que no se preocupó tanto de conseguir grandes cosas, como de hacer las cosas pequeñas y ordinarias con un amor extraordinario. “Dios no la había llamado a abordar los problemas políticos o sociales del mundo, sino a tocar a la persona concreta que sufre en su necesidad más inmediata. Sabía que su trabajo era sólo una gota en el océano y, sin embargo, decía que `sin esa gota el océano tendría una gota menos’”³⁸.
- La esperanza hace de la escatología una historia de encuentro. La teología de la esperanza desarrollada por el teólogo alemán se concreta en la historia de la cruz que culmina en el triunfo sobre la muerte con la resurrección. El Dios crucificado y resucitado conecta con la realidad del presente, con cada historia personal, especialmente, con aquellas historias de dolor y sufrimiento para iluminarlas y convertirlas en escatología de salvación.

Ante la experiencia del dolor y del sinsentido, tanto Jürgen Moltmann como Madre Teresa de Calcuta, no han pretendido encontrar una explicación al ¿por qué Dios permitía tales injusticias?; sino al ¿dónde estaba ese Dios mientras el horror destrozaba la vida de tantas personas inocentes? De tal manera, que ese ¿dónde está Dios? se convertiría en la pregunta que marcaría el quehacer reflexivo y las propuestas del teólogo, al mismo tiempo que actuaría como el motor de una mística de la ausencia que impregnó de anhelo y entrega la espiritualidad de la santa de los pobres.

Alejándose de ese ¿por qué?, que orienta los esfuerzos teológicos de la teodicea y abre los interrogantes de aquellos que pretenden justificar su ateísmo, Moltmann y Teresa de Calcuta se concentrarán en el ¿dónde? que les conduce: a uno, hacia la teología de la cruz como base de todo su desarrollo teológico y, a la otra, hacia una búsqueda constante del pobre y del abandonado. De alguna manera, la aparente ausencia de un Dios que se esconde tras “el horrendo disfraz de los pobres” es causa de desolación y oscuridad; pero es también en medio de esa desolación y oscuridad donde aparece la luz y la esperanza.

Dios está presente en cada historia de desprecio, injusticia, violencia y abandono. Por esto, nuestros actos de servicio a favor de la unidad de los cristianos, el diálogo con todos, la lucha contra la injusticia, la dignidad de los pobres y la protección de la naturaleza, son actos en favor de Dios, porque, en definitiva, “cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25, 40).

Valga como final el relato de Elie Wiesel, poeta superviviente de Auschwitz, en cuya obra Moltmann descubre claras afinidades entre las víctimas del holocausto y la muerte de Cristo:

Las SS ahorcaron a dos hombres y a un joven judíos ante todos los internos del campo. Los dos hombres murieron enseguida mientras que la agonía del joven se prolongó media hora. ¿Dónde está Dios dónde está?,

³⁸ MADRE TERESA, *Donde hay amor...*, 299.

preguntó uno detrás de mí. Pasado un buen rato, el joven seguía sufriendo, colgado del nudo, y oí otra vez al hombre: ¿Dónde está?... está allí, colgado en el patíbulo³⁹.

³⁹ E. WIESEL, citado en J. MOLTSMANN, *El Dios crucificado...*, 317.